

Ulrich Bröckling

HERÓES POSTHEROICOS

UN DIAGNÓSTICO DE NUESTRO TIEMPO

Traducción de Ibon Zubiaur

Alianza Editorial

Título original: *Postheroische Helden. Ein Zeitbild*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Suhrkamp Verlag Berlin 2020

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlín

© de la traducción: Ibon Zubiaur Mirantes, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-456-3

Depósito Legal: M. 16.700-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

Prólogo a la edición española.....	11
1. Introducción: Simultaneidades antitéticas	19
2. Elementos para una teoría de lo heroico	29
3. Heroísmo y Modernidad	85
4. Perfiles de lo postheroico I: Sujetos	127
5. Perfiles de lo postheroico II: Gestión empresarial	147
6. Perfiles de lo postheroico III: Guerras	169
7. Héroes postheroicos	199
8. Conclusión: ¿«Desmantelar» lo heroico?	229
Agradecimientos.....	241
Notas	243

Para Barbara

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Cada época y cada sociedad tiene sus propios héroes y heroínas, cada lengua tiene su propio idioma para hablar de ellos. Pero cada orden cultural tiene también sus propios problemas con las figuras heroicas y desarrolla formas específicas de socavarlas, ignorarlas o reinterpretarlas. Que la fascinación por los héroes y el desdén por los héroes se complementan entre sí es algo que vale especialmente para el presente: el muy fundado escepticismo sobre si todavía puede o debe haber héroes convive con la tendencia sostenida a elegir nuevos o cambiar el disfraz de los antiguos. A esa constelación contradictoria de heroísmos vueltos dudosos pero a la vez perdurables apunta el oxímoron «héroes postheroicos» que da título a este ensayo.

El libro está escrito desde una perspectiva alemana, la perspectiva de un país del que hasta 1945 partieron crímenes

sin precedentes ligados a la invocación desafortunada de una disposición heroica al sacrificio. Una vez que los aliados pusieron con su victoria fin al horror, el heroísmo militar en particular pareció desacreditado de raíz. La mentalidad postheroica dominante en la Alemania de la posguerra no fue tanto expresión de una depuración moral como efecto de la derrota.

La historia del heroísmo y la de su crítica discurrieron de modo distinto en España. También aquí cabe encontrar sanguinarios héroes de guerra y caudillos, desde el Cid hasta el «Generalísimo» Francisco Franco, pasando por los conquistadores coloniales. A su vez la izquierda, al menos su ala libertaria, venera a mártires rebeldes de la Revolución del tipo Buenaventura Durruti. Hans Magnus Enzensberger le brindó un epitafio literario en 1972:

Los orígenes del héroe son discretos. Emerge de su anonimato como ejemplo de lucha en solitario. Se gana la gloria con su valor, su rectitud, su solidaridad. Se acredita en situaciones desesperadas, en la persecución y el exilio. Una y otra vez sale airoso donde sucumben otros, como si fuera invulnerable. Y sin embargo sólo con su muerte llega a ser enteramente lo que es. Una muerte así encierra siempre algo de enigmático. En el fondo sólo cabe explicarla por la traición. El final del héroe opera como presagio, pero también como obligación. Sólo en ese instante cristaliza la leyenda. Su entierro deriva en manifestación. Se da su nombre a calles, su imagen figura en los muros, en pancartas; se convierte en talismán. El triunfo de su causa conlleva su canonización, lo que significa casi siempre abuso y traición. Durruti habría podido ser el héroe nacional oficial. La derrota de la Revolución española lo libró de esa suerte. Siguió siendo lo que siempre había sido: un héroe proletario, un hombre de los explotados, los oprimidos y perseguidos. Pertenece a la contra-historia, la que no figura en los libros de texto. Su tumba está en las afueras de Barcelona, a la

sombra de una fábrica. Sobre la lápida vacía se hallan siempre un par de flores. Ningún cincelador grabó su nombre. Sólo quien se fija atentamente alcanza a leer lo que un desconocido raspó en la piedra con letras torpes con una navaja: la palabra *Durruti**.

Ahora bien, con *Don Quijote* la literatura española produjo también la novela que puede considerarse el original —*avant la lettre*— del relato postheroico: su protagonista es todo menos un héroe, pero cree inquebrantablemente serlo a raíz de sus profusas lecturas de historias de caballería, y con sus fantásticas aventuras brinda una formidable parodia de la autoelevación heroica. Quizá el mayor logro de Cervantes sea que desde el Caballero de la Triste Figura todas las aspiraciones heroicas transmiten algo de ridículo.

También el presente libro ensaya una deconstrucción de lo heroico. El momento de su aparición no pudo ser más inoportuno; *habent sua fata libelli*: la edición alemana llegó a las librerías en febrero de 2020, pocas semanas antes de que la primera ola de la pandemia alcanzara Alemania. De ahí que en las siguientes páginas no se hable aún del coronavirus y de sus efectos. El estado de excepción que perdura hasta hoy ha replanteado la pregunta por el lugar de lo heroico en la actualidad y hecho enmudecer a quienes anunciaban una era postheroica, al menos por un par de meses. Aprovecho este prólogo para un breve estudio de los llamados héroes y heroínas del coronavirus.

* Hans Magnus Enzensberger, *Der kurze Sommer der Anarchie. Buenaventura Durrutis Leben und Tod*, Fráncfort del Meno, 1972, pp. 269 s. [Hay traducción española, de Ulrike Hartmann y Julio Forcat: *El corto verano de la anarquía: vida y muerte de Durruti*, Anagrama, Barcelona, 2010.]

No podía sorprender que la pandemia desencadenara un apogeo heroico. También aquí rige la máxima de que los malos tiempos son buenos tiempos para las historias de héroes. Éstas proliferan siempre que la normalidad queda suspendida y se le exige a la gente un esfuerzo especial. Cuanto más estridentes resuenan las sirenas de la crisis, tanto mayor la sed de voluntarios entregados, mandatarios resueltos y luchadores indomables. Su abnegada implicación confirma la gravedad de la situación, pero avala también la confianza en que al final todo acabará bien. Sirven tanto al anhelo de apoyarse en una autoridad en el momento de peligro como al sueño rebelde de no someterse a autoridad alguna. Las historias de héroes han de incitarnos a emular a los modelos; pero inclinarse reverentes ante sus hazañas también exonera a cada uno de abandonar su zona de confort.

Las primeras heroínas y héroes de la Covid aparecieron poco después de imponerse el confinamiento. Se empezó con el médico chino Li Wenliang, que advirtió tempranamente de la existencia del virus, lo que le valió ser amonestado por la policía; poco después, él mismo fallecía a causa del coronavirus. Celebrado al principio en las redes sociales como valeroso filtrador frente a la política de ocultación del gobierno chino, éste se lo apropió tras su muerte como personalidad destacada en la lucha contra el virus. También en las sociedades occidentales el personal médico ocupó pronto el centro del emergente culto a los héroes de la Covid. Las terribles imágenes de ucis abarrotadas ilustraron una amenaza por lo demás invisible. Quienes prestaban servicio en esas salas se veían abocados al heroísmo, al estar directamente envueltos en una lucha a vida o muerte y expuestos a un elevado riesgo de infección. El que a menudo carecieran de mascarillas de

protección y prendas de seguridad sólo probaba su valor. Se recurría a menudo a metáforas militares, según las cuales enfermeros y médicos estarían en primera línea de la guerra contra la epidemia; mientras mantuvieran la posición, la batalla no estaba perdida. En Alemania, en España y en muchos otros países se les rendía reverencia con aplausos vespertinos o conciertos de balcón. No dejaba de notarse el alivio que los que aplaudían sentían por permanecer ellos mismos en retaguardia.

Rápidamente se elevó a otras profesiones al estatus heroico: las trabajadoras de supermercado que hacían turnos extra para reponer artículos depredados, los recogedores de basura que se encargaban también durante el confinamiento de vaciar los contenedores, repartidores, policías, camioneros, cuidadoras, por nombrar sólo a algunos. Cualquiera que ejerciese una actividad calificada de esencial y se ocupara de la salud, la seguridad o el suministro de alimentos podía regodearse por una temporada en el aura heroica. A excepción, por supuesto, de los jornaleros migrantes en la agricultura y de los temporeros en la industria cárnica.

El uso inflacionario depreció un título de honor que ya resultaba algo insípido. Las enfermeras recordaron que en los hospitales reinaba desde hacía tiempo la escasez crónica de personal y que ya antes de la pandemia venían trabajando al límite por un escaso sueldo. En vez de laureles, reclamaban mejores salarios y más puestos. El clamor remitió muy pronto. Visto en retrospectiva, en todas las campañas de «sois nuestros héroes» se difuminaron los límites entre una hábil publicidad y el deseo sincero de otorgar el reconocimiento debido a aquellos cuyo trabajo suele merecer poca atención. No resulta fácil distinguir si el elogio estaba viciado por en-

mascarar un fracaso organizativo consolando a los homenajeados con gratificaciones simbólicas o era sencillamente un gesto amable que invocaba con un guiño fórmulas de *pathos*.

Si las heroínas y héroes cotidianos encarnaron ante todo la disposición a implicarse y sacrificarse, las autoescenificaciones heroicas del personal político giraron siempre en torno a gestos de autoridad. Ya fuera que pseudohéroes presidenciales minimizaran el peligro, como Jair Bolsonaro, anunciaran con semblante adusto «nous sommes en guerre», como Emmanuel Macron, o pulsaran primero un registro y luego el otro, como Donald Trump, el mensaje venía a ser siempre el mismo: ¡no hay motivo para la alarma, todo está bajo control! Proclamar a voz en grito una soberanía que a todas luces se está lejos de poseer era y es una estrategia arriesgada. La jactancia sin fundamento deriva con facilidad en el desdoro. Los héroes han de acreditarse: de otro modo se extingue su carisma. La pandemia de Covid-19 no se presta a ser campo de acreditación heroico porque al virus le impresiona poco la retórica de la determinación. Para superar la crisis no hacen falta grandes hombres o mujeres, sino un sistema sanitario sólido, investigación coordinada y programas de apoyo económico. Sobre todo, somos necesarios cada uno de nosotros. Lo que se nos pide es muy poco espectacular: quedarse en casa, mantener la distancia, lavarse las manos, llevar mascarilla. Difícilmente cabe destilar de ello epopeyas heroicas.

Las medidas para contener la curva infecciosa hallaron buena aceptación allí donde los responsables renunciaron al estruendo heroico y apelaron al buen juicio y a la solidaridad en vez de señalar enemigos y emplazar a resistir. La gran mayoría de la población estuvo dispuesta a cumplir las normas cuando los gestores políticos basaron sus decisiones en crite-

rios científicos, no banalizaron las exigencias y apelaron tanto más a la cautela cuanto que no cabía prever cómo iba a desarrollarse la pandemia. Tampoco los virólogos, cuya presencia mediática superó por momentos a la de los políticos, encajaban bien en el esquema heroico. Paradójicamente, ganaron autoridad al no ser capaces de responder a todas las preguntas, sino por compartir cuanto aún no sabían y modificar sobre la base de nuevos estudios recomendaciones anteriores. Ya la dirección preventiva de las campañas virológicas encierra algo de postheroico: al proponerse evitar determinados hechos, les falta el dramatismo de la acción salvadora. Tienen éxito cuando no llega a ocurrir lo más temido. La fórmula «There is no glory in prevention» significa también que no puede haber héroes de la profilaxis.

¿Queda entonces vacante el puesto de héroe en la pandemia? Las heroínas y héroes cotidianos no desean serlo; el personal político o bien queda en evidencia por su fanfarronería o asume el papel poco heroico del buen pastor, y el conocimiento científico, por último, no puede transformarse en capital heroico. Una bata blanca no sirve como traje de héroe. A primera vista, la crisis del coronavirus parece confirmar así el diagnóstico de la sociedad postheroica. El *boom* heroico fue a lo sumo un fuego de paja.

Lo que no ha decrecido es la capacidad polarizante de las narrativas heroicas. Puede que los políticos y expertos ya no sirvan como héroes, pero sin duda funcionan como chivos expiatorios. A la autoridad que recayó sobre ellos al inicio de la pandemia le corresponde el odio que les profesan los eternos ofendidos y los mitólogos de la conspiración. Quienes se escenifican ahora como héroes de la resistencia contra las medidas gubernamentales confirman así la tesis básica de este

libro: cuando aparecen héroes en el escenario es que hay motivo de preocupación.

Agradezco a Alianza Editorial que haya acogido el libro en su catálogo. Y le agradezco a Ibon Zubiaur su diestra y esmerada traducción. Ha sido un placer trabajar con él.

Friburgo, abril de 2021
Ulrich Bröckling

INTRODUCCIÓN: SIMULTANEIDADES ANTITÉTICAS

Un ensayo sociológico sobre los héroes, aunque sean postheroicos, requiere justificación. Tanto más cuanto que este ensayo aspira a aportar un diagnóstico de la actualidad. Normalmente asociamos los héroes con figuras combativas, pero también trágicas, que hacen algo excepcional, se enfrentan a enemigos poderosos, evitan catástrofes, se sobreponen a adversidades y asumen riesgos por una buena causa sin preocuparse de reglas y convenciones, y que por todo ello son veneradas y admiradas. Materia más propia de cuentos románticos, prosa de movilización, literatura edificante o de los mitos de la cultura popular que de un enfoque sociológico. De entrada, la sociología casa mal con las heroizaciones. Se interesa más por la gente común que por los grandes hombres, más por distribuciones de frecuencias que por las singularidades, y se concentra en los órdenes de lo social en lugar de en lo extraordinario.

Recela no menos de la demanda de héroes o heroínas que de sus mecanismos de fabricación. Tras los heroísmos sospecha una ideología, o los clasifica como reliquias anticuadas sin remedio de un mundo premoderno y jerárquicamente estructurado. Su relevancia para la comprensión del presente le parece en cualquier caso limitada.

Los diagnósticos de actualidad no sólo han de encontrar respuestas adecuadas, sino también plantear las preguntas adecuadas, y para describir las sociedades actuales hay sin duda vías de acercamiento más elementales que la crisis y la evolución de sus modelos de héroe. La misma problematización de lo heroico corre el riesgo de perpetuar, por debajo del gesto desmitificador, esa visión del mundo vertical que sustentan los héroes y las heroínas. En este sentido, la observación de Jürgen Habermas «de que allí donde se veneran “héroes” se plantea la pregunta de quién lo necesita, y por qué»¹, debe aplicarse igualmente en la sociología. Y desde luego a la tesis de que vivimos en tiempos postheroicos. Alimenta la ilusión de una sociedad en paz y nivelada, que no necesita ni crea héroes porque ya sólo ve presunción en la grandeza individual, desmenuza los conflictos mediante procesos comunicativos y no está dispuesta al sacrificio voluntario ni es capaz de él. También aquí procede preguntar: ¿quién lo necesita, y por qué?

El hecho de que tanto las narrativas heroicas como sus refracciones postheroicas estén imbuidas de política y se imponga preguntarse por su intención y valor de uso fundamenta al mismo tiempo su potencial esclarecedor del presente: en ellas cabe leer de manera ejemplar qué les exigen los órdenes sociales a sus miembros y qué les autorizan, con qué valores, normas de conducta y reglas emocionales los orien-

tan, qué poder de decisión les otorgan o les deniegan y qué marcos imaginativos inauguran. Se confrontan, entre otras cosas, horizontes de expectativas y *rankings* normativos, valoraciones de la conformidad y la desviación, invocaciones al sujeto y a la comunidad, la posición del individuo en una sociedad sumamente compleja y tecnificada, modelos de liderazgo, el problema de la disposición al sacrificio, y con él la actitud ante la muerte, pero también los roles de género o el valor de los vínculos religiosos. La pregunta de quién necesita figuras de héroes y por qué, y quién lo desmiente y por qué, remite, entre otras cosas, a percepciones de crisis y deseos de normalización.

Puesto que todos estos temas son controvertidos, en la actualidad no hay un consenso sobre el valor de lo heroico. Las siguientes reflexiones parten de hecho de una observación contradictoria: por un lado, desde la década de 1980 viene apareciendo en diversos contextos el atributo «postheroico» y reclama plausibilidad como diagnóstico epocal; por otro lado, apenas pasa un día en que no se proclamen flamantes héroes y heroínas o se recuperen otros de abolengo. El debilitamiento y la intensificación de las energías heroicas discurren en paralelo. Los ámbitos de desempeño tradicionales van desvaneciéndose mientras nuevos héroes bullen en zonas hasta ahora libres de ellos. Aunque la fuerza apelativa de los relatos heroicos puede debilitarse, su valor como entretenimiento parece inquebrantable. Lo que ya no soportamos como modelo vinculante lo buscamos tanto más apasionadamente en las esferas de la imaginación.

Los primeros en constatar el ingreso en una era postheroica fueron los tratados políticos y de ciencia militar sobre el futuro de la guerra. Su tesis fue que las sociedades occidenta-

les ya no estarían en condiciones de movilizar en masa la disposición al sacrificio y asumir a largo plazo bajas elevadas entre las propias tropas. De ahí que libren guerras asimétricas con armamentos altamente tecnificados, si bien se hacen también vulnerables frente a adversarios que compensan la inferioridad tecnológica mediante el desprecio heroico a la muerte. Los teóricos de la organización y la gestión proclaman entretanto modelos de liderazgo postheroico. Éstos renuncian al optimismo dirigista de la planificación política y a las ilusiones de control de una gestión racionalista en favor de un estilo de liderazgo participativo, orientado a reforzar el potencial de la autodirección, o abogan con humildad realista por transmutar la resolución heroica de problemas en *coping* postheroico. Los estudios psicológicos a su vez identifican el carácter social contemporáneo de una personalidad postheroica que paga su flexibilidad con la exigencia de una adaptación continua a la transformación social acelerada. Hasta la música pop habría ingresado entretanto en la fase postheroica de un «contraculturalismo sin contracultura»². No costaría añadir testimonios de otros ámbitos. Aunque las diferentes líneas de discurso se mantienen en buena medida independientes, en conjunto se entrelazan para dar lugar a un diagnóstico de nuestro tiempo.

Llama la atención su empleo casi exclusivamente adjetival: se califica cualquier fenómeno de postheroico, pero en cambio apenas se habla de posthéros o de postheroísmo. Al igual que otras signaturas de época a las que se provee del epíteto «post-», el atributo no destaca por su precisión conceptual. Unas veces designa una mentalidad o un *habitus*; otras, una etapa en el proceso de modernización o un modo de hacer la guerra. Pero «postheroico» puede referirse asimis-

mo a una concepción del arte de gobernar que reconoce la complejidad de lo social y por ello prescinde de la *hibris* del control tecnocrático. Además, suele aplicarse el atributo a talentos y estados de ánimo que reaccionan con alergia a fórmulas de *pathos*, son insensibles a las apelaciones al sacrificio o las identificaciones sin reservas y mantienen una relación en todo caso irónica con la veneración de los grandes hombres y sus hazañas. Por último, se caracterizan también como postheroicos artefactos y prácticas culturales que van asociados a esas actitudes.

Lo mismo que el discurso sobre la postmodernidad no equivale a despedir a la modernidad, el *topos* de una era postheroica no significa el final de las orientaciones heroicas, sino su problematización y examen detenido. Los diagnósticos de un presente postheroico remiten ya desde el punto de vista semántico a esas mismas narrativas de héroes cuya fragilidad constatan y de las que se distancian. El potencial de integración y la capacidad de movilización de las invocaciones heroicas ni mucho menos se han agotado. Al contrario, con el diagnóstico de que las figuras de héroes se han vuelto dudosas y anticuadas convive una permanente sed de héroes que resulta profusamente atendida. Héroes recuperados y de nueva creación pueblan los mundos del cómic y los videojuegos, las películas de superhéroes baten récords de recaudación y el deporte de competición suministra de continuo personal heroizable. Se proclama héroes tanto a los bomberos del 11 de septiembre como a activistas contra el cambio climático, denunciantes de prácticas corruptas y luchadores por la libertad política, como aquel anónimo *tank man* que en 1989 cortaba el paso él solo a los tanques que avanzaban sobre la Plaza de Tiananmén de Pekín. Es significativo que este he-

roísmo ya no vaya ligado al cumplimiento del deber y a la adhesión; las nuevas heroínas y héroes se distinguen más bien por su inconformismo y por renegar de la obediencia. El heroísmo pasa a ser coraje cívico. En paralelo a ello, lo heroico es democratizado y cotidianizado. A fin de cuentas, cualquiera puede convertirse en héroe o heroína, ya sea *just for one day*, como prometía David Bowie, o aunque sólo sea durante esos *fifteen minutes of fame* a los que según Andy Warhol nadie tiene por qué renunciar en la era de los medios de comunicación de masas³.

Con el auge de los líderes populistas, sin embargo, vuelve al escenario otro tipo de héroe: el energúmeno bocazas que llega para cantarle las cuarenta al *establishment*, limpiar el establo de Augías nacional y guiar a su país a una nueva o antigua grandeza. No es una figura paterna que encarna la autoridad de la ley, sino el cabecilla de una horda fraterna que se rebela contra las autoridades legales porque no le parecen lo bastante autoritarias. Invoca un mundo violento en el que no cuenta más que la fuerza y únicamente tienen una oportunidad quienes no conocen la piedad. En lugar de seguridad y bienestar, les promete a sus partidarios desahogo afectivo y les indica en quién pueden volcar sus iras con impunidad. Al suspender la diferencia entre verdad y mentira, no hace sino subrayar sus ansias de poder: quien se pasa por el arco del triunfo las verificaciones de hechos puede moldearse a su antojo la realidad. La autoescenificación de estos *folk heroes* incluye no sólo la exhibición ostentosa de la propia riqueza y su estridente *habitus* entre magnate, tribuno y *warlord*, sino también un machismo agresivo cuyas poses de masculinidad sexualizadas ni mucho menos se dirigen sólo a las mujeres y han de señalar que el jefe puede permitírsele todo. Difícilmente cabrá despa-

char a estas figuras como anacronismos. Su bravuconería altisonante, emparejada con amenazas violentas y desdén por los más débiles, brinda la contraparte al heroísmo justamente nada jactancioso de las valerosas heroínas cotidianas.

En la pugna entre modelos de héroes dispares, y más aún en la colisión entre ideales heroicos y postheroicos, se perfilan las líneas de conflicto de la sociedad actual. En este ensayo atenderé a esas simultaneidades antitéticas y analizaré los frentes discursivos y las zonas mixtas entre las dinámicas contemporáneas de heroización y de desheroización. Se someterán a examen tanto las dimensiones afectivas, morales, legitimatorias y apelativas de las narrativas heroicas (y sus costes) como los aspectos correspondientes de su relativización, crítica y despedida. No partiré, por tanto, de constatar que vivimos en una sociedad postheroica, pero tampoco lo rechazo. Aspiro más bien a un diagnóstico de actualidad de segundo orden que explore lo que revela sobre nuestro tiempo, cuáles de sus rasgos se realzan y cuáles se arrinconan cuando por un lado se lo caracteriza en ámbitos tan diversos como postheroico y por otro la producción de héroes, y en grado creciente también de heroínas, sigue estando en auge (¿o vuelve a estarlo otra vez?). ¿A qué retos responden los heroísmos contemporáneos? ¿Cuáles son las preguntas a las que pretende dar respuesta el atributo «postheroico»?

Los diagnósticos de época tienen fama de elevar ciertas observaciones ejemplares y a veces simplemente anecdóticas a delimitación general, de dramatizar discontinuidades pero relegar en cambio la persistencia de lo antiguo en lo nuevo y otorgar prioridad a etiquetaciones extremas frente a la diferenciación analítica. Pasan por ser «interesantes, pero también un tanto endebles»⁴. El diagnóstico de la sociedad